La División peruana y el Crl Marcelino Carreño en la campaña final de Ayacucho

Crl Juan Urbano Revilla
General de Brigada EP (R)
Centro de Estudios Histórico Militares del Perú
República del Perú

Resumen

En la campaña final de Ayacucho, cada componente del Ejército Unido Libertador cumplió su deber. Allí estuvieron 5,780 soldados patriotas, comprendidos entre la división peruana al mando del gran mariscal La Mar; la primera y segunda división auxiliar colombiana, a cargo de los generales Lara y Córdova; y la división de caballería, al mando del general Miller, quien además contaba con las fuerzas de guerrillas, agrupadas en diversas partidas.

Este texto trata sobre la participación de la División Peruana en el último tramo de la campaña por la independencia, conocer su composición y fuerza, estado de la moral y su contribución en las acciones decisivas hasta alcanzar la gloria en la batalla de Ayacucho; asimismo, se aborda en detalle la participación del Crl. Marcelino Carreño, jefe de partida de guerrillas, quien llevó a cargo diversas responsabilidades durante toda la etapa final de la guerra libertaria del Perú, con lo cual se busca entender el accionar de las guerrillas, sus mandos, su sentido de representación nacional y compromiso con la patria. En ocasión del presente bicentenario de la gesta continental de Ayacucho, constituye un deber dar justo relieve a estos aspectos militares que son parte de la cuantiosa contribución peruana por la independencia.

Palabras clave: La Mar, división peruana, Carreño, guerrillas, Ccollpahuaycco, Ayacucho.

Abstract

In the final Ayacucho campaign, each component of the United Liberating Army fulfilled its duty. There were 5,780 patriotic soldiers there, including the Peruvian division under the command of the great Marshal La Mar; the first and second Colombian auxiliary division, led by generals Lara and Córdova; and the cavalry division, under the command of General Miller, who also had guerrilla forces, grouped in various parties.

This text is about the participation of the Peruvian Division in the last stretch of the campaign for independence, knowing its composition and strength, state of morale and its contribution in the decisive actions until achieving glory in the battle of Ayacucho; Likewise, the participation of the Crl is addressed in detail. Marcelino Carreño, leader of the guerrilla group, who carried out various responsibilities during the entire final stage of the libertarian war in Peru, which seeks to understand the actions of the guerrillas, their commanders, their sense of national representation and commitment to the homeland On the occasion of the present bicentennial of the continental feat of Ayacucho, it is a duty to give fair prominence to these military aspects that are part of the considerable Peruvian contribution to independence.

Keywords: La Mar, peruvian division, Carreño, guerrillas, Ccollpahuaycco, Ayacucho

Introducción

A fines de 1823, la independencia no se consolidaba. Los realistas se mantenían fuertes en la sierra central y sur del país, en tanto las fuerzas patriotas se organizaban entre la división colombiana, batallones peruanos y en menor proporción quedaban los efectivos rioplatenses y chilenos que habían llegado antes con la expedición del general San Martín; es más, los guerrilleros permanecían activos en sus zonas de empleo.

En este contexto, las unidades peruanas existentes en el país eran el resultado del desarrollo de la guerra y la política. Por un lado, se vieron disminuidas por las adversidades en las campañas a Puertos Intermedios; mientras que, por otra parte, se vieron afectadas por las vicisitudes políticas generadas entre los nóveles poderes Legislativo y Ejecutivo, que derivaron en la existencia de dos congresos y dos gobiernos, uno con Riva Agüero en Trujillo y el otro con Torre Tagle, en Lima. En esta situación, los contingentes peruanos habían quedado con escasa instrucción y limitada organización, afectados por la vorágine política y sin impulso para la guerra, por lo que no eran una fuerza eficiente (De la Barra y Dellepiane, 1972, pp. 366 y 367).

De las unidades peruanas que quedaron en el norte, dispersas entre Trujillo, Huamachuco, Cajamarca y Cajabamba, tenemos las siguientes: 2do. batallón de la Legión, batallón Nº 1 de la Guardia, regimiento Tiradores de la Guardia, batallón Trujillo, batallón del Comandante Vallari (en cuadro), regimiento de caballería Coraceros (3 escuadrones), escuadrón del Comandante Mancebo, escuadrón Lanceros de la Victoria, húsares de Riva Agüero y la brigada de artillería. En tanto, de las unidades que estuvieron entre Lima y Callao, tenemos: batallón N.º 3 del Perú, regimiento de infantería de Cívicos, regimiento húsares de la Guardia (2 escuadrones), escuadrones húsares del Perú y lanceros del Perú, y la brigada de artillería (De la Barra y Dellepiane, 1972, p. 374).

En el marco de las contingencias políticas, las unidades nacionales también eran la muestra del sacrificio y empeño de los propios peruanos en la lucha por su independencia; en estos batallones y regimientos, tenemos los nombres de aquellos jefes que lucharon en las batallas de Torata, Moquegua, Zepita, tales como: Brandsen, Soulanges, Aramburú, Ventura Alegre, Francisco Méndez, José Roca, José María Frías, Manuel Martínez Aparicio, Manuel de Mendiburu, Felipe Santiago Salaverry, Pascual Saco Oliveros, Manuel Ignacio de Vivanco, entre tantos otros adalides como Domingo Nieto y Miguel San Román, que después llegarían hasta las batallas de Junín y Ayacucho.

Con la presencia del general Simón Bolívar en el Perú, el Congreso le otorga facultades políticas y militares, para resolver la anarquía. No se llegó al enfrentamiento entre fuerzas patriotas, al ser detenido el presidente Riva Agüero y enviado a destierro a Guayaquil. Entonces, empezando el año 1824 aún se mantenía una gran incertidumbre en el ámbito militar, en vista que aún no se consolidaba el Ejército Unido Libertador.

La formación de la División Peruana en el Ejército Unido Libertador

A inicios de febrero de 1824 se presentó un serio revés militar cuando los castillos del Callao pasaron a poder de los realistas; ante ello, el general Simón Bolívar recibe del Congreso el poder total con el título de "Dictador" y luego el legislativo entró en receso (CDIP, 1975, T. XIV, Vol. 1, p. 148); entonces, todos los esfuerzos estuvieron dirigidos a robustecer el "Ejército Unido Libertador". En marzo de 1824, Bolívar estableció su Cuartel General en Trujillo donde reorganizó los ministerios, fusionándolos en uno solo a cargo de un ministro peruano, José Faustino Sánchez Carrión, quien instituye un riguroso "estado de guerra" en todo el país; se impulsó el reclutamiento general, que desde el 26 de enero de 1824 había dispuesto se obtengan 5,748 hombres de las principales provincias del norte del Perú, incluso desde los 12 a 50 años, así como reclutamientos por los lugares de paso de las divisiones colombianas; además, se requirió 3,000 hombres para la división de la Costa encargada al coronel colombiano Luis Urdaneta (García Rosell, 1954, pp. 16, 19 y 32; Paz Soldán, 1921, T.II, pp. 382-385). Entonces, se fortaleció las unidades peruanas, se completó los contingentes colombianos con efectivos peruanos, se impartió instrucción militar con severa disciplina, incluyendo la reorganización de las montoneras y sus mandos, se completó el armamento.

Asimismo, se obtuvieron recursos materiales hasta de las iglesias, se aplicaron cupos y requisas de ganados, se obtuvo vestimentas y víveres para las tropas. El rigor fue tan extremo que se dispuso fusilamientos en casos de desacatos y deserciones (Paz Soldán, 1921, T.II, pp. 383, 384 y 388-390); empero, también sobresalió una abundante contribución voluntaria de patriotas solventes. Nada se dejó de hacer con el objeto de forjar la maquinaria de guerra necesaria para las campañas finales de la independencia.

Para el mes de mayo, las fuerzas del ejército patriota se preparaban militarmente, situándose escalonadas a lo largo del eje de la sierra norte, la agrupación de fuerzas peruanas desde Cajamarca a Huamachuco, mientras, las fuerzas colombianas se emplazaban en los alrededores del callejón de

Huaylas, el ejército aún estaba disperso; por su parte, las partidas de guerrillas patriotas actuaban como fuerza de cobertura, distracción e informaban sobre los movimientos realistas.

De las fuerzas nacionales, se conformó la División Peruana que fue puesta al mando del general José de La Mar. Esta agrupación reunió los restos de las tropas peruanas que a fines de 1823 habían quedado luego de la segunda campaña a puertos intermedios; asimismo, juntó aquellos efectivos de las unidades que fueron del ejército del centro que permaneció en Lima y no entró en operaciones en la campaña antes mencionada, que fueron concentrados por el general Necochea cuando la fortaleza del Callao pasó a los realistas, sumó a los nuevos reclutas de la costa y de la sierra, y finalmente reunió a las unidades acantonadas en Trujillo que fueron formadas durante el fin del gobierno de Riva Agüero; entre estas, el antiguo regimiento Coraceros que estuvo a cargo del coronel Gutiérrez de La Fuente, que luego toma el nombre de regimiento de Caballería del Perú o Húsares del Perú. En suma, eran cuatro batallones y un regimiento de caballería de 3 escuadrones (De la Barra y Dellepiane, 1972, p. 377 y p. 382). Se llegó a una fuerza de más de 3,000 hombres para la división de La Mar, debiendo tenerse en cuenta que muchos reclutas captados fueron enrolados en las divisiones colombianas; razón por la cual, a pesar de la cantidad numerosa de reclutas peruanos tomados, La Mar solo contó con el efectivo mencionado (Dellepiane, 1965, p. 185).

La agrupación de tropas colombianas se organizó en dos divisiones. La primera división fue puesta al mando del general José María Córdova, que reunió unos 900 efectivos llegados desde Colombia en marzo del 2024, más 940 hombres que llegaron en junio, estos últimos eran del batallón "Zulia" que se transformó en el "Caracas", arribaron también en este contingente el escuadrón "Dragones" y "Guías de la Guardia". La segunda división fue puesta al mando del general Jacinto Lara, con las unidades colombianas que estuvieron en el Perú desde 1823 con el general Antonio José de Sucre, más las tropas del batallón "Istmo" que llegó en enero de 1824 con 362 hombres; además, arribaron del norte otros 600 hombres más (García Rosell, 1954, pp. 13-15; Cortés, 1924, T.II, pp. 9-16). En estas divisiones, se sumaron efectivos peruanos y reclutas destinados a completar los contingentes colombianos.

De las unidades llegadas con el general José de San Martín, quedaba un escuadrón del regimiento Granaderos de los Andes; y de las chilenas unos cuantos efectivos del batallón N° 2, que se integraron con restos de las tropas peruanas que completaron las fuerzas colombianas.

La División Peruana en la campaña de Junín

Para la campaña de Junín, el Ejército Unido Libertador llegó a unos 10,000 hombres aproximadamente, los que pasaron la extraordinaria revista de tropas en la región de Rancas, pampa de Sacramento, fue la mayor arma construida para la guerra de la independencia, destinada a hacer frente a los 18,000 efectivos realistas distribuidos en la sierra centro y sur. De las agrupaciones del enemigo, la más próxima a los acantonamientos patriotas era el "Ejército del Norte" ubicado en Huancayo al mando del general José de Canterac que contaba con unos 8,000 hombres (Dellepiane, 1965, pp. 192 y 194).

Del contingente patriota, la división peruana quedó al mando del mariscal de campo José de La Mar, como jefe de Estado Mayor del Ejército Libertador fue designado el general Agustín Gamarra y comandante de la caballería peruana el general Guillermo Miller. A ellos se suman los 1,500 guerrilleros que llegaron a Pasco, los que estuvieron al mando de Miller, así como unos 1,000 guerrilleros en la zona de Canta, al mando del general Cirilo Correa, eminentemente peruanos.

Además, la división peruana y quedó compuesta por el batallón Legión Peruana de la Guardia, al mando del coronel José María Plaza; el Batallón Nº 1, al mando del coronel Francisco de Paula Otero; el batallón Nº 2, al mando del coronel Gregorio Fernández; y el batallón Nº 3, al mando del coronel Juan Pardo de Zela. Además, el regimiento Húsares del Perú se puso al mando del coronel Antonio Placencia; el 1er. escuadrón, al mando del coronel Isidoro Suarez; el 2do. escuadrón, al mando del teniente coronel Carl Sowersby; y el 3er. escuadrón, al mando del teniente coronel Pedro Gutiérrez Blanco. Estos contingentes llegaron al campo de Junín, donde alcanzaron unos 2,236 efectivos (Ministerio de Guerra, 20 de enero de 1844).

Las operaciones se iniciaron al conocerse los aprestos de las fuerzas de Canterac en Huancayo, el 3 de agosto Bolívar dispone se levante el campo de Sacramento, y emprender la marcha del Ejército Unido Libertador hacia el sur. El ejército peruano compuesto por la división de La Mar pidió el puesto de vanguardia (López, 1878, pp. 114-115); no obstante, el libertador le dio la posición central en la marcha, entre las divisiones colombianas de Córdova y de Lara. Entonces, se desarrolló la ofensiva con la finalidad de enfrentar a las fuerzas de Canterac en sus posiciones de Jauja.

El 6 de agosto, sobre las pampas de Chacamarca, a 4,100 m.s.n.m. se

encontraron las dos caballerías de las vanguardias de ambos ejércitos, el choque fue tremendo, a punta de sables y lanzas, producto de los primeros embates la acción se decidía por los realistas, cuando entró en la batalla el primer escuadrón de Húsares del Perú, a instancias del teniente José Andrés Rázuri, quien al llegar a la zona de acción y en una exacta apreciación de un momento de vulnerabilidad del enemigo, recomendó el ataque al Tte. Crl. Isidoro Suárez, quien emprendió una resuelta carga sobre el flanco y retaguardia de las tropas de Canterac, lo que causó el desequilibrio y pavor en la caballería realista; con lo cual los demás escuadrones de la caballería patriota que se dispersaban se volvieron en aniquiladores del enemigo.

En la victoria de Junín brilló la estela de los Húsares del Perú, a quienes el Libertador Bolívar, siguiendo la usanza castrense de perennizar la memoria del triunfo en el cuerpo militar más importante durante la batalla, les asignó el nombre del campo de los hechos, denominándolos para la posteridad como Húsares de Junín.

El mayor impacto de la batalla fue abatir gravemente la moral de las fuerzas realistas, mermar su arrogancia de muchos años victoriosos. Además, al separarse Canterac de su infantería, dislocó y arruinó su ejército. Más aún, los realistas perdieron el dominio de las provincias de Tarma, Lima, Huancavelica, Huamanga y parte de las del Cusco. En Junín se marcó el preludio del fin del poder realista.

En cuanto a las guerrillas, estas resultaron indispensables en la campaña final por la independencia. Estuvieron con San Martín; fueron empleadas por los gobiernos peruanos de La Junta Gubernativa y el presidente Riva Agüero, manteniéndose leales a este último, tal es así que les fue difícil sumarse a las operaciones de Bolívar, eran representaciones de patriotismo peruano, que luego culminan uniéndose a la campaña del Libertador, quien los reconoce en su mando.

A partir de entonces, de Junín a Ayacucho se sucedieron 126 días de marchas y contramarchas, cuyo derrotero del Ejército Libertador y la División Peruana, seguiremos a través de las acciones del coronel peruano Marcelino Carreño.

El coronel Marcelino Carreño y las guerrillas desde el inicio

Un peruano de condiciones innatas para la guerra, considerado nacido en el Cusco, fue incorporado a la Expedición Libertadora por José de San Martín en Chile, desembarcando en Paracas en 1820. Desde el inicio de la campaña final por la

independencia estuvo a cargo de la formación de guerrillas, levantar a los pueblos, emplear espías, era un jefe altivo que tenía en claro sus funciones sobre el manejo de hombres como comandante Militar de Partida de Guerrillas.

En julio de 1822, desde Matucana, Marcelino Carreño le decía a su jefe, el coronel Francisco de Paula Otero, comandante General de las Partidas de la Sierra, sobre cómo manejar a las guerrillas: "que era un error acuartelar (guerrilleros)", y que le pida a él "los auxilios que necesite y gente para el aumento de partidas"; algunos lo apreciaban equivocadamente como reacio a las órdenes, cuando en realidad era conocedor de la guerra y eso lo trasmitía con franqueza a su superior para el mejor destino de la misión. Luego, desde Yauli le manifestó a Francisco de Paula Otero: "mi residencia es ambulante y me sitúo donde las funciones de mi cargo me llaman... donde pueda ser útil a la patria" (CDIP, 1971, T.V., Vol.2, pp. 309 y 337).

Tiene presencia en los diversos escenarios de la guerra, preparando emboscadas, fomentando el uso de galgas, propagando notas subversivas, infiltrándose en las zonas del enemigo y obstruyendo los recursos para estos; también asumió como gobernador político y militar de la Sierra de Lima, siendo jefe de otros guerrilleros como Ignacio Quispe Ninavilca, entre otros. Además, muy respetado por Isidoro Villar, Guillermo Miller y Domingo Tristán quien refirió de Carreño: "oficial de notorias aptitudes y de mi confianza... (con) instrucciones para arreglar los cuerpos cívicos, disciplinarlos... es de comportación (sic) bien probada... Carreño tiene actitudes para todo" (CDIP,1971, T.V., Vol.2, pp. 46 y 61).

Carreño resultó indispensable en los movimientos de los ejércitos patriotas, ostentó reconocida graduación militar que incrementaba a pulso de sus acciones; en el tiempo de San Martín, lo tenemos a inicios de 1822 como sargento mayor, pasando por el tiempo peruano de la Junta Gubernativa, luego con Riva Agüero y finalmente, en el tiempo de Bolívar, para inicios de 1824 era coronel.

A inicios de 1823 el general Álvarez de Arenales le encomendaba directamente misiones de seguridad en la sierra de Matucana. Además, las tropas quechuas lo calificaban como "general"; igualmente, en abril 1823, en Cerro de Pasco las autoridades locales se referían al "general Carreño" cuando lo vemos haciendo levas con Isidoro Villar, reclutando nuevos efectivos (Vega, 8 de diciembre de 1983, p. 8; CDIP, 1973, T.V., Vol.4, p. 326). De otro lado, sus más enconados enemigos se referían a él con epítetos denigrantes como "indio Carreño" o "indecente", o acusado de excesos e insultado en pasquines llamándolo "gavilán", "cusqueño déspota", "jetón" (CDIP, 1973, T.V., Vol.4, p. 199 y 1971, Vol. 2, p. 326).

Al empezar setiembre de 1823, durante el periodo de anarquía política, Carreño era buscado por el partido opositor; sin embargo, se mantuvo leal al gobierno de Riva Agüero, dejando en claro su sentido nacionalista y que actuaba en defensa de "mi suelo", en pos de la "libertad del país". Además, expresó desde Yanahuanca que, "jamás mi corazón ha sido ambicioso ni mercenario para adquirir honores de un modo siniestro" (Vega, 1983; Carreño, 11 de octubre de 1823, p. 494). Luego, el 30 de noviembre, le refiere a Bolívar sus conceptos de "unión de ambos ejércitos y la destrucción del enemigo común por la libertad del Perú", adhiriendo sus tropas a la campaña final. Es más, el 4 de diciembre, el recio y altivo coronel Carreño, al adherirse a las fuerzas de Bolívar, le agradece al coronel Francisco de Paula Otero por la garantía de conservar los grados militares de los hombres de su cuerpo, entre ellos, el coronel graduado Francisco Vidal (Paz Soldán, 1921, T.II, pp. 178-180).

En enero de 1824, luego de la caída de Riva Agüero, el general Bolívar dispone la desactivación del regimiento de caballería Húsares de Riva Agüero, situado en Huánuco al mando del coronel Carreño desde el tiempo del anterior presidente, y las tropas pasaron al regimiento Coraceros que estaba en Trujillo, Carreño fue cambiado por el teniente coronel Francisco Aldao, rioplatense; es decir, se retiró del mando a un jefe peruano. Al respecto, el oficial Cortegana mencionó "... sin embargo de ser hijo del país" (Cortegana, 1848, T.12, fol. 5).

En junio de 1824, entre los nombramientos realizados por Bolívar para emprender la campaña hacia Junín, Carreño es nombrado jefe del parque patriota, tal como refiere Cortegana: "al coronel Don Marcelino Carreño, que ya lo encontró también en Caras cumpliendo su llamamiento lo nombró de comandante general y conductor del Parque de Artillería y pertrechos del Ejército Unido Libertador" (Cortegana, 1848, T.12, fol. 117).

Carreño y las guerrillas, en el impacto de la batalla de Junín

En agosto de 1824, el impacto de la victoria patriota en la batalla de Junín fue devastador en la tienda realista. Al caer la noche partidas de montoneros al mando de sus bravos jefes, entre ellos, los coroneles Carreño, Otero, Terreros, Estomba, el comandante Peñaloza, el mayor Astete y otros, más algunos piquetes de caballería, hostigaban la retaguardia realista en su apresurada huida y daban cuenta a Bolívar de los movimientos finales de los vencidos (Dellepiane, 1965, p. 200).

Luego, la vanguardia del Ejército Unido Libertador que va tras el apurado repliegue realista, siguió encabezada por las guerrillas patriotas, como refiere

el mismo Bolívar "... el coronel Carreño la ha conducido"; mientras, del 17 de agosto al 19 de setiembre el Libertador entregó al mando del ejército patriota al general La Mar, quien continuó la acción ofensiva, mientras que Sucre se encargó temporalmente de la comisión de reunir los dispersos en retaguardia, principalmente de las unidades colombianas (Cortés, 1924, pp. 154-159).

En tanto, en los primeros días de setiembre de 1824, el virrey La Serna adelantó su cuartel general a Limatambo desde donde responde los argumentos de Canterac tras la derrota de Junín, increpándole:

> Lo que ya sucedió no tiene más remedio, sino la de tomar las medidas para batir a Bolívar... Ahora la ventaja del enemigo es el efecto de la desgraciada carga de caballería y el no haber dispuesto que el parque y la infinidad de cargas salieran para Huamanga el mismo día que usted salió al norte para reconocer los enemigos. (Valdés, 1896, Doc. 83).

Además, en notoria situación de desventaja, -por primera vez en la guerra- el virrey imparte instrucciones que debe seguir el repliegue de Canterac en dirección sur: "Se debe contener al enemigo con ataques parciales, la guerra así lo exige"; ahora debe salvar su ejército que es acechado por las fuerzas de Bolívar encabezados por las guerrillas, colocándose a protección del obstáculo natural de la cortadura del río Apurímac y el control del paso de los puentes se vuelve vital, por lo que dispone su destrucción para negarlos a los patriotas: "...con tiempo debe pasar el Apurímac,... que corten los puentes y destruyan los estribos de este lado,... he mandado quemar todas (las balsas), así como el maguey (cabuya), por dos puentes (Apurímac y Copa) puede pasar el ejército sin demora". (Valdés, 1896, Doc. 84).

En la marcha hacia el Condorcunca y el fin de Carreño

Entonces la vanguardia de Bolívar sigue progresando, por la ruta Cangallo con los granaderos del capitán Pringles, y por el lado del Pampas, con Marcelino Carreño; ocupan sucesivamente Huamanga y Chincheros. El 13 de setiembre Carreño ingresa a Andahuaylas, solo unos días antes Canterac había abandonado su cuartel general en dicho lugar.

Para el 22 de setiembre las guerrillas patriotas ingresan a Chalhuanca; mientras Bolívar, desde Vilcashuamán se dirige a Sucre disponiendo medidas inmediatas para la guerra: "... construir grandes tambos para alojar a la infantería

y caballería; el aguacero es lo peor que puede suceder a las tropas... reunir víveres para la comodidad de las tropas... Yo pienso ir a Andahuaylas y Abancay a reconocer... los godos esperan por momentos la división Valdés toda montada. Esto me inclina dirigir nuestro ejército por Abancay, pues eso nos conviene en invierno." (Lecuna, 1929, p. 181).

Los guerrilleros de Carreño, en estrecha persecución contra Canterac que marchaba por el camino inca, terminan echando a los realistas sobre el lado este del puente y río Apurímac; con lo cual, sus guerrillas quedan defendiendo la margen izquierda (sur oeste) de dicho río, en el frente Curahuasi-Larata (Aucahuasi, 2006, p. 104).

En tanto, el virrey La Serna adelanta su cuartel general a Limatambo, donde se reúne con los generales Canterac y Gerónimo Valdés; este último jefe realista había sido llamado de urgencia dejando de lado su misión de recuperar la adhesión del general rebelde Olañeta y sume sus tropas para la nueva situación militar. Entonces, La Serna dispone la fusión de los anteriores ejércitos del Norte y del Sur, creando el "Ejército Unido de Operaciones del Perú", reconcentrando todas sus fuerzas en el sector, alcanzando unos 9,320 hombres (Dellepiane, 1965, p. 211), en condiciones de iniciar operaciones para recuperar lo perdido.

A mediados de octubre, las guerrillas de Carreño que controlaban el lado izquierdo del Apurímac, en el distrito de Abancay "hacía frecuentes incursiones en la orilla opuesta con lo que tenía al país en constante alarma"; de Carreño manifestó O'Leary en sus memorias: "Muy útiles servicios prestó este activo oficial al ejército" (1915, T.II, p. 347).

El 22 de octubre, las fuerzas realistas reunidas partieron del Cusco en forma esforzada en dirección Apurímac – Cangallo – Huamanga, en búsqueda de los patriotas. Sucre por su parte, enterado del movimiento realista y a fin de evitar el envolvimiento de sus fuerzas desarrolló un repliegue hacia retaguardia para reconcentrarse en Andahuaylas y de allí seguir por el río Pampas hacia Huamanga, a fin de mantener abierto el camino hacia sus bases de operaciones al norte.

La Serna al conocer el movimiento de Sucre, orienta sus fuerzas hacia el río Pampas, y desde el 24 de noviembre, ambos contingentes se siguen sin decidir un ataque, mientras identificaban el terreno más favorable a sus planes.

En junta de guerra del 29 de noviembre los realistas deciden iniciar

acciones para sitiar al Ejército Unido Libertador, en el pasaje del río Pampas. Para ello, el grueso de las fuerzas realistas simularía cruzar el Pampas por Carhuanca; mientras, la división vanguardia del general Valdés realizaría un movimiento de flanco por Chincheros. En estas circunstancias, Valdés decide que se debe eliminar el peligro de las guerrillas patriotas que operaban en la localidad aledaña de Talavera (llamada Talaverilla); con lo cual, al amanecer del día 30 lanza un golpe con un destacamento realista que sorprende y da muerte a más 200 guerrilleros y capturan otros 23 (Aucahuasi, 2006, pp. 183-186).

De esta acción, escaparon los coroneles Marcelino Carreño y Antonio Plasencia, entre los pocos sobrevivientes. Empero, el tiempo que Valdés empleó para destruir a los guerrilleros en Talaverilla, fue empleado por parte de Sucre para realizar el pasaje del Pampas por el vado de Concepción, salvando el ejército libertador de una probable derrota de graves consecuencias.

En los siguientes días se suscitaron una serie de movimientos y acciones de ambas fuerzas, como el ataque de Ccollpahuaycco que se tratará más adelante, hasta que el 08 de diciembre, cuando los realistas se aproximaban a tomar posiciones en el Condorcunca, en un acercamiento de Carreño y sus hombres, estos son presa de una emboscada fortuita, que terminó con la vida del bizarro jefe guerrillero: "cayeron inadvertidamente en poder de sus partidas de avanzadas los coroneles Carreño y Plasencia... halló el primero su muerte y el segundo su inesperada prisión" (Torrente, 1971, p. 299; Vargas, 1974, pp. 70-71). De esta manera rindió su vida el bravo coronel Marcelino Carreño, un líder peruano de una trayectoria excepcional en la campaña final de la independencia que este texto revalora su historia.

El juramento de la División Peruana

El 3 de diciembre, estando reunido el Ejército Unido Libertador en su campamento de Matará, la batalla se tornaba inminente ante el avistamiento y seguimiento continuo de ambos ejércitos contendientes; entonces, a la una del día, el general José de La Mar, junto con el general Agustín Gamarra, convocaron a los jefes y oficiales de la división peruana.

En dicha reunión, refiere el oficial peruano de la Legión, Juan Basilio Cortegana (1848), era evidente el patriotismo de los peruanos, reflejado en el "ardor para combatir"; entonces, La Mar les hizo saber la imperiosa necesidad de "independencia de nuestra patria", sin ella, ninguno podría quedar vivo, por lo que

seguidamente les consultó si se comprometían a esta. La respuesta fue de unánime compromiso, acto seguido desenvainando espadas los invocó a juramentar el "sucumbir antes en la batalla por la libertad de la patria que volver las espaldas"; para lo cual, les tomó el juramento siguiente:

¿Juráis por Dios y cruz de vuestras espadas, por vuestro honor, por vuestra suerte futura y por que como caracterizados de grandes defensores y salvadores de la patria, el cumplir todo lo que os he conjurado por la libertad de ella?" Contestaron todos, "Si, juramos". (Cortegana, 1848, T.12, fols. 293-294; Vargas Ugarte, 1974, p. 62)

Entonces, La Mar también juró la misma, afirmando "ante el Dios de los Ejércitos que seré el primero en daros ejemplo...". Luego, los cuerpos de tropa peruanos también prestaron el mismo juramento, todos vislumbraban un mejor porvenir en los destinos de la república. Es más, a instancia de los oficiales peruanos, los jefes se dirigieron ante el general Sucre a pedir, por segunda vez en la campaña, ser la vanguardia contra el enemigo, antes que las tropas auxiliares colombianas.

La respuesta de Sucre fue: "Señores, conozco mucho del valor de los peruanos [...], pero siendo la libertad del Perú la de Colombia, no hay motivo para estimular ni preferenciar"; es más, recordó que Colombia recibió el auxilio peruano en Pichincha, "[...] y juntos también hoy por la libertad del Perú, combatirán en este su suelo" (Cortegana,1848, T.12, fol. 294; López, 1878, p. 124; Vargas Ugarte, 1974, pp. 62-63). Con ello, continuaron los aprestos para las operaciones.

Ccollpahuaycco: Ataque realista y respuesta patriota

En la tarde del 3 de diciembre, Sucre nota la intención de los realistas de cortarle nuevamente la retirada; entonces, ordenó la marcha por el difícil paso de la quebrada de Ccollpahuaycco, que necesariamente tenían de atravesar en su dirección a Huamanga, apreciando que la distancia que debía recorrer el enemigo para llegar este desfiladero sería el doble, por lo que estimó que las divisiones patriotas la traspasarían antes (López, 1878, p. 124).

El Ejercito Libertador inició el paso con la división del general José María Córdova a la cabeza, quien tomando las precauciones de seguridad dejó una compañía de Cazadores de Bogotá al mando del capitán Vicente de Piñéres; luego, siguió la división peruana del general La Mar, quien traspuso la quebrada con sus

primeros batallones, quedando por pasar la división de retaguardia, a cargo del general Jacinto Lara, quien empezaba a subir la loma para descender a la quebrada.

En dichas circunstancias, a las 5 de la tarde, se produce el sorpresivo ataque de la división del general Valdez, quien se había adelantado al grueso realista y estando emboscada en la zona, acomete con el batallón Burgos seguido por el Cantabria, Gerona, el Infante y un regimiento de caballería, contra los últimos efectivos de la división peruana y la división de Lara.

Entonces, la primera resistencia a la carga la emprende la compañía de Cazadores de Bogotá apoyando el paso de la división peruana, de la cual se desprende una compañía de Cazadores y entre ambas sostienen la culminación de la salida de la cuesta por parte de las unidades peruanas (López, 1878, p. 125).

En este asalto, quedó cortada la división Lara, la artillería, los pertrechos, más la Gran Guardia del campamento que se dejaba, servicio a cargo de la primera compañía de Granaderos de la Legión Peruana; además se aislaba a la caballería al mando del general Miller, el batallón Nº 1 y los guerrilleros, quienes tratan de buscar otro camino para el cruce de la quebrada. Mientras se separó a esta porción del ejército libertador, las unidades que recibieron toda la carga de los batallones de Valdés fueron el Rifles, Vencedor, Vargas y la compañía de la Legión Peruana (Cortegana, 1848, T. 12, fol. 296).

Entonces, el batallón Rifles subió la colina y enfrentó a las guerrillas del Burgos que ya descendían sobre los patriotas; los jefes ingleses de este batallón colombiano, coronel Arthur Sandes y su segundo el mayor Thomas Duxbury, se batieron valientemente en la acción (Aucahuasi, 2006, p.191). Luego, se suman a rechazar el ataque los batallones Vencedores y Vargas con su jefe Trinidad Morán que recompuso su unidad, enfrentando decididamente la embestida enemiga (Bonilla, 1944, p. 21).

Estando el ataque fuertemente comprometido, aún permanecía en el campo la compañía de la Legión Peruana, tratando de salvar la artillería y el parque de pertrechos, los medios más pesados por transportar; en esta valerosa defensa se empeñaron los oficiales peruanos, capitán Eugenio Raygada, teniente primero Juan Basilio Cortegana, teniente segundo José Toribio Morales y subteniente Pablo Palma, cumpliendo esforzadamente su deber y encontrar un paso para librar la zona de destrucción (Cortegana, 1848, T. 12, fol. 296).

Miller por su parte guio a la caballería para salir por un paso camino a Chontaca, en tanto, el batallón Nº 1 y los guerrilleros, conocedores de la región, se alejaron por otro paso. Todo ello, bajo los fuegos realistas que arrollaron al Rifles que perdió un tercio de sus efectivos y al mayor Duxbury, en persecución que duró hasta las 7 de la noche. Luego, progresivamente se reúnen los contingentes patriotas de la división retaguardia. Sucre, a las 9 de la noche, toma conocimiento que, a pesar de las perdidas, aún conservaba las fuerzas de esta división.

El ejército patriota sufrió más de 300 bajas del contingente segregado en la retaguardia, perdió los pertrechos, bestias de carga y uno de los dos cañones; además, los efectivos de la Gran Guardia de la Legión Peruana tuvieron 12 bajas, resistieron valientemente el ataque, cuando Sucre y todo el Ejército daban por "perdida" esta compañía (Cortegana, 1848, T. 12, fol. 298). A pesar de la embestida realista, dicha porción de las tropas que debían ser aniquiladas, no sucumbieron gracias a la resistencia y al conocimiento del terreno de los peruanos que les permitió usar diversos pasos para salir de la emboscada (Aucahuasi, 2006, p. 194).

Desde el día 04 ambos ejércitos quedan en paralelo, los realistas por las alturas de la cordillera occidental y los patriotas por la cordillera oriental, separados por la quebrada de Ccollpahuaycco. Entonces, se reanudan los movimientos donde el combate decisivo era inminente, y en los días siguientes cada fuerza buscaba dominar las mejores posiciones del terreno para el ataque.

El plan de ataque realista para la batalla final

A los pocos días, luego de marchas y encuentros parciales en fechas anteriores, el 9 de diciembre los ejércitos quedaron en sus posiciones para dar batalla. El virrey La Serna al mando del "Ejército Unido de Operaciones del Perú" ocupaba las alturas dominantes del Condorcunca, su efectivo estaba disminuido en relación al que partió del Cusco, según las fuentes realistas debido a las numerosas deserciones y bajas durante la marcha, por lo cual, para la batalla contaban con unos 7,000 hombres aproximadamente (Valdés, 1896, T.III, p. 61); entonces, se emplazaron colocando a su derecha a la división del general Valdés, al centro la división de Monet y a la izquierda la división de Villalobos, manteniendo la división de caballería de Ferraz en reserva. Por su parte, Sucre con los 5,780 hombres del "Ejército Unido Libertador" (Dellepiane, 1965, p. 211), emplazó sus fuerzas en ángulo, con la división de La Mar a su izquierda, la división de Córdova a la derecha, en reserva la división de Lara y a retaguardia la división de caballería de Miller.

Para esta parte final de la campaña, tanto el Ejército Libertador como la División Peruana, también habían sufrido la merma de sus efectivos, lo que originó que después de la batalla de Junín se continúe con los reclutamientos de centenares de peruanos de Yauyos, Jauja y Huamanga, que fueron incorporados en las unidades colombianas (García Rosell, 1954, pp. 16, 54-55); no obstante, del efectivo total patriota, la división de La Mar luchó en la fecha con unos 1,444 hombres (Ministerio de Guerra, 20 de enero de 1844, p. 22).

La Serna planeó una ofensiva potente, en la cual Valdez con cuatro batallones de infantería, dos escuadrones de caballería, más cuatro piezas de artillería mediante un movimiento de flanco debía atacar el sector izquierdo de la posición de Sucre; y cuando hubiese obligado a empezar el repliegue de los patriotas, el virrey lanzaría su ataque avanzando desde sus posiciones con las divisiones de Monet y Villalobos, sumando siete piezas de artillería y la caballería de Ferraz, hasta completar su victoria.

Sobre este plan de ataque realista, refiere José María Rey de Castro, secretario del virrey, que el general Valdés, apreciando el campo de batalla en el sector que se le había encomendado, expresó:

> Es división peruana la que ha esa parte se dirige, voy a vérmelas con La Mar, me situaré al otro lado de la barranca... de esa manera podremos sin gran dificultad posesionarnos de aquella importante posición... tomaremos al enemigo entre dos fuegos, Monet lo atacará por el centro y Villalobos por la izquierda. (Vargas Ugarte, 1974, p. 41).

El jefe realista daba por seguro el triunfo, confiaba en su fuerza compuesta por las tres armas.

Las tropas de la División Peruana y húsares en la batalla de Ayacucho

A las 10 de la mañana se inicia la ofensiva realista a manos de Valdés sobre la izquierda patriota desplegando sus fuerzas en guerrillas, los primeros en oponerse fueron las montoneras a caballo formadas por el coronel Marcelino Carreño, las que se desprendieron de la división peruana dando valiente resistencia a la primera embestida hasta que los realistas impulsan sus fuegos (Vargas Ugarte, 1974, p. 41; Roel, 1986, p. 89), con lo cual, la defensa queda con los batallones peruanos Nº1, Nº 2 y Nº 3, más el batallón Legión Peruana, luego se suma el batallón colombiano Vencedores. El ataque se intensifica en este sector, lo que demanda el repliegue de

los patriotas y se refuerce a La Mar con el batallón Vargas; la potencia realista logra que dos de sus batallones crucen el barranco que separaba las fuerzas y empiecen a tomar ventaja sobre los patriotas.

En estas circunstancias, refiere Miller en sus memorias, que toma la iniciativa de cargar con el regimiento de Húsares de Junín sobre los realistas que progresaban favorablemente en ese sector de la izquierda patriota, obligándolos a replegarse y traspasar el barranco; en eso vuelve agrupada la división de La Mar, sumándose a la acción y el batallón de la Legión Peruana es el primero que atravesó el barranco para apoyar la embestida de los Húsares, seguido por el Vargas, tomando la artillería de Valdés y obligando al repliegue de su caballería y el abatimiento de su infantería en ese sector (Miller, 1910, T.II, p. 177); más aún, por la posición en que quedó Valdés no podía ver lo que pasaba en el resto de la línea realista, con lo cual se catapultaba la victoria patriota.

Sucre supo aprovechar esta resistencia del sector de La Mar, para explotar sus fuerzas con la división Córdova para desbaratar la avanzada izquierda enemiga de Villalobos y luego el centro que impulsaba Monet, empleando a la caballería patriota para arrollar a la infantería enemiga en la pampa de Ayacucho, así como cruzar la depresión ubicada a las faldas del Condorcunca, a pesar de contar con una sola pieza de artillería, decidiendo el triunfo del Ejército Unido Libertador.

Entonces, el punto de inflexión y acicate para la victoria resultó ser la resistencia de la división peruana y la carga de los Húsares de Junín que impidieron el ataque de flanco de los realistas, encabezado por Valdés que, de haber prosperado, hubiera comprometido toda la línea patriota, dando oportunidad a una acción más eficaz de la reserva y artillería enemiga que los llevara a un triunfo.

Es más, respecto a esta acción que le cupo en la batalla, el general Valdés refiere que las cargas que recibió sobre su flanco por parte de las nuevas tropas de la caballería e infantería patriota lo obligaron a formar "martillo" para la contención, pero al ver la decisión y empuje por todas partes, vislumbró sin duda que la batalla tenía un final funesto para los virreinales. Añade que, al no tener posibilidad de retirarse a dirección alguna, "no podía proponerse otra cosa que dejar bien puesto el honor de las armas y detener al ejército enemigo (patriota) el mayor tiempo posible para dar lugar a que se reuniesen nuestros dispersos" (Valdés, 1896, T.III, p. 57-58).

La actuación de la división peruana y Húsares de Junín crece en mérito,

pues con tropas regulares contuvieron a la experimentada división de Valdés, al bizarro jefe realista que mayores lauros tuvo en las campañas virreinales contra la independencia, aquel que aportó a la sorpresa de Ica, victorioso en Torata y Moquegua, pundonoroso en Zepita, el que acometía a Olañeta, quien recorría velozmente la sierra en una serie de jornadas sin par. Entonces, al ver Valdés el desastre realista de Ayacucho quedó tan afectado que en un intento de buscar la muerte llegó a sentarse sobre una piedra para que los vencedores acabasen con él; sin embargo, fue convencido por sus jefes subordinados para emprender la retirada a las alturas donde se reunían los derrotados realistas (Vargas Ugarte, 1974, p. 105).

Del general Valdés dice Miller que, además de ser un activo genio militar, en la campaña final jamás quiso recibir su pago, llevaba el viejo vestido militar que le regalaron sus soldados un año antes, en las marchas dormía sobre ponchos a la cabeza de sus tropas, quienes decían "en campaña el tío siempre está en casa". Agrega Miller que, Valdés como hombre público era considerado violento y despótico; más aún, "era temido de los oficiales, pero idolatrado por la tropa" (1910, T.II, p. 187). Ello muestra la talla del rival militar que tocó enfrentar a los nacionales.

Conclusiones

El general Sucre en su parte oficial de la memorable batalla, menciona sobre la acción de sus jefes: "Con satisfacción cumplo el agradable deber de recomendar... la serenidad con que el general La Mar ha rechazado todos los ataques a su flanco y aprovechado el instante de decidir la derrota; la bravura con que el general Córdova condujo sus cuerpos y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga; la infatigable actividad con que el general Lara atendía con su reserva a todas partes; y la vigilancia y oportunidad del general Miller para las cargas de caballería" (Vargas Ugarte, 1974, pp. 133-134).

En cuanto al coronel Marcelino Carreño, este bravo no fue mencionado en los partes de guerra, solo Miller lo indica entre los jefes muertos en la gesta de Ayacucho (T.I. p. 308 y T.II., p. 178); de otro lado, Valdés, el arrojado general realista en la lucha contra la independencia, en informe a su rey narra la omisión de Carreño en la última contienda donde perdieron el virreinato: "...no hacen mención de él por olvido o por disminuir su pérdida" (CDIP, T. XXII, Vol.3, p. 379; Roel, 1986, p. 93).

La historia debe un reconocimiento al coronel Marcelino Carreño, valiente peruano, adalid de la patria y la libertad, que luchó todas las jornadas de la independencia, desde la Expedición Libertadora hasta caer a inmediaciones del Condorcunca y al frente de sus montoneros; fue sumamente valioso en los planes de San Martín, también estuvo al lado de Riva Agüero y finalmente con Bolívar. Sus huellas se encuentran en múltiples acciones en la costa y la sierra, organizando fuerzas, facilitando los recursos para las tropas y combatiendo al enemigo hasta el fin, un líder indiscutible cuyos aguerridos montoneros se batieron en la gloriosa batalla de Ayacucho.

En suma, las tropas de la división peruana y los Húsares de Junín, más las guerrillas peruanas brillaron en la batalla de Ayacucho, les cupo enfrentar a la principal fuerza formada por el ejército realista para la contienda decisiva y los nacionales respondieron en el campo de las armas, volviendo el choque a su favor, con lo cual, sobre ellos giró la victoria patriota; entonces, es posible afirmar que cumplieron aquel juramento expresado días antes de la lid final y se batieron con honor y patriotismo en la gloriosa batalla de Ayacucho que dio la libertad al Perú y América.

Referencias

Aucahuasi, R. (2006). *De Junín a Huancavelica, Apurímac y Ayacucho. 126 días de marchas y contramarchas en la campaña de la independencia de 1824.* Lima: Editora Bodega San Pedro.

Bonilla, M. (1944). *Colpahuaico.* Lima: Imprenta del Ministerio de Guerra.

Carreño, M. (11 de octubre de 1823). Otro del mismo. *Gaceta del gobierno, 5* (13), 494.

Colección Documental de la Independencia Del Perú [CDIP]. (1975). *Obra gubernativa y epistolario de Bolívar 1. Legislación 1823-1826.* (T. XIV, Vol. 1). Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Colección Documental de la Independencia Del Perú [CDIP]. (1971). *La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras.* (T. V, Vol. 2). Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Colección Documental de la Independencia Del Perú [CDIP]. (1973). *La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras.* (T. V, Vol. 4).

Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Colección Documental de la Independencia Del Perú [CDIP]. (1973). *Documentación Oficial Española.* (T. XXII, Vol. 3.) Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Cortegana J. (1848). Manuscrito [Historia del Perú. Campaña de 1824 que aseguró la independencia y libertad del Perú del coloniaje español en la Batalla de Ayacucho. Tomo 12°. Lima].

Cortés, C. (1924). *Participación de Colombia en la libertad del Perú.* Tomo II. Bogotá: Talleres del Estado Mayor General.

De la Barra, F. y Dellepiane, C. (1972). *El Perú y su Independencia Antología. Volumen III. Periodo 1823-1826.* Bolívar. Lima: Gráfica industrial.

Dellepiane, C. (1965). *Historia Militar del Perú.* (5ª. ed., T. II). Lima: Imprenta del Ministerio de Guerra.

García, C. (1954). *La contribución del Perú a la campaña de Ayacucho.* (Separata de la Revista del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú). Lima: Imprenta Casa Nacional de la Moneda.

Lecuna, V. (1929). *Cartas del Libertador.* (T. IV, 1824-1825). Caracas: Lit. y Tip. del Comercio.

López, M. (1878). *Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López, ayudante del Estado Mayor General Libertador. Colombia y Perú, 1819-1826.* Bogotá: J. B. Gaitán editor.

Miller, G. (1910). *Memorias del General Guillermo Miller al servicio de la República del Perú.* (T. II). Madrid: Librería general de Victoriano Suarez.

Ministerio de Guerra y Marina. (20 de enero de 1844). Parte oficial. *El Peruano*, pp. 22-24.

O'Leary, D. (1915). *Bolívar y la Emancipación de Sur-América.* Memorias del general O'Leary (1819-1826). (T. II). Madrid: Sociedad española de Librería.

Paz Soldán, J. (1921). *Cartas Históricas del Perú,* Segunda serie. Lima: Librería e Imprenta Gil.

Roel, V. (1986). *El Perú en el siglo XIX*. Lima: Idea.

Torrente, M. (1971). *Historia de la Revolución de la independencia en el Perú*. En Colección Documental de la Independencia Del Perú [CDIP]. (T. XXIV. Vol. 4). Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Vargas, R. (1974). "Relación de Juan Basilio Cortegana. La Batalla de Ayacucho". En: *Historia de las batallas de Junín y Ayacucho.* Lima: Editorial Milla Batres.

Vega, J. (8 de diciembre de 1983). La independencia no llegó a las mayorías. *La República*, pp. 2-8.

Valdés, J. (1896). Documentos para la Historia de la Guerra separatista del Perú. (Refutación que hace el mariscal de campo don Jerónimo Valdés del diario que escribió don José Sepúlveda sobre la última campaña del Ejército español en el Perú en 1824. Primera parte. Tomo 3). Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos.

Juan Urbano Revilla

- Oficial del arma de Ingeniería graduado en la Escuela Militar de Chorrillos.
- Master of Science in National Resoruce Strategy, por la Universidad de la Defensa en Washintong, USA.
- Estudios de post grado en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Actualmente es Presidente del Centro de Estudios Históricos Militares del Perú